

Introducción

ALFONSO LÓPEZ-QUINTÁS

Celebro con entusiasmo esta publicación, en la que pensadores bien preparados y más jóvenes toman, decididamente, el testigo del estudio y la divulgación cuidadosa de la obra de Romano Guardini. Es buen momento este para incrementar esta labor, pues nos hallamos en una situación delicada: por una parte, disponemos de medios intelectuales para dejar bien patente la valía y el vigor del humanismo cristiano, y, por otra, parece cundir la sospecha de que la gran tradición cristiana ha perdido vigencia y amenaza con eclipsarse, como tantas culturas antiguas que, tras una fulgurante aparición, se disolvieron por agotamiento interior. Así se lo indicó –con cierto aire de reproche– el periodista alemán Peter Seewald a Benedicto XVI en una entrevista publicada en el libro *Luz del mundo*¹.

Cómo reanudar la transmisión de los valores morales y religiosos

Conmemoramos este año el 50º aniversario de la muerte de Romano Guardini. El día 1 de octubre de 1968 nos dejó una persona a quien tanto hubiéramos necesitado justo cuando se iniciaba un socavamiento artero de las raíces del mundo intelectual y espiritual que él con tanto esmero había contribuido a configurar. En 1984, Alsdair McIntyre –un referente en cuestiones de ética– nos hizo esta grave observación:

“Ha habido una catástrofe que interrumpió la transmisión del saber moral y, más ampliamente, la de sus fundamentos”².

Al cabo de unos años me pregunto si se ha reanudado ya esa transmisión. Mucho me temo que no, al menos tal como estimo que debiera hacerse. Nos ayudará a orientar bien esta decisiva tarea recordar la forma en que Guardini abordó situaciones intelectuales y espirituales tan espinosas como la nuestra actual.

¹ Cfr. P. SEEWALD, *Luz del mundo*, Herder, Barcelona 2010, p. 70.

² Cfr. A. MCINTYRE, *Tras la virtud*, Crítica, Barcelona 1987, p.12. Versión original: *After virtue*, Notre Dame University Press, Indiana 1984.

Su intuición le advirtió que la decadencia cultural no puede superarse sino con ofertas de gran calidad, y el declive del ánimo solo se trueca en fervor cuando orientamos la vida hacia ideales elevados.

Descubrió tempranamente que el pueblo desolado de entreguerras (1918-1939) necesitaba una vuelta a los orígenes del cristianismo para tomar las aguas muy cerca de la fuente, y nos ofreció la joya filosófica y teológica que es *El espíritu de la liturgia*³.

Frente a ciertas corrientes elitistas, presintió que la vida litúrgica debe mantener su vitalidad y jugosidad cultivando simultáneamente la piedad popular. Y nos legó dos tesoros, que todavía hoy conservan su frescor primero: *El Vía Crucis de Nuestro Señor y Salvador*⁴ y *El rosario de Nuestra Señora*⁵.

Para conseguir que la juventud alemana –siempre vitalista, pero un tanto desorientada entonces– volviera a sentir la calidez de la religiosidad cristiana, accedió a dar las cinco conferencias sobre la Iglesia que le habían solicitado los estudiantes universitarios de Bonn. En ellas movilizó una vía eficaz para superar ciertos bloqueos intelectuales que dificultan la comprensión de las realidades más hondas y minimizan nuestra capacidad de vuelo espiritual. Es una delicia observar de cerca con qué lucidez deja en claro que, si no solo *vivimos en la Iglesia* sino *vivimos la Iglesia*, superamos con espontaneidad creativa diversas paradojas aparentes, como la de vincular la libertad y la obediencia a normas. Sin acudir a grandes disertaciones y proclamas inflamadas, sino con la sencillez de un análisis cuidadoso de la vida de fe, consiguió el joven maestro entusiasmar a unos jóvenes ansiosos de orientaciones bien fundamentadas y eficaces. Cuando alguien consigue liberarse del bloqueo intelectual a que lo someten ciertos prejuicios y malentendidos, respira a pulmón lleno, piensa con libertad interior y progresa con sorprendente rapidez en la clarificación de las ideas. Nada extraño que estas conferencias le abrieran a Guardini el camino de la docencia universitaria en la prestigiosa universidad de Berlín.

Para hacer posible un diálogo constante con la juventud en un clima de sosiego y rigor intelectual, Guardini asumió la dirección del Mo-

³ Cfr. R. GUARDINI, *El espíritu de la liturgia*, Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2001. Versión original alemana: *Vom Geist der Liturgie*, Herder, Friburgo de Brisgovia, 1918, 1957.

⁴ R. GUARDINI, *Orar con... el Vía Crucis de Nuestro Señor y Salvador*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2010. Versión original: *Der Kreuzweg unseres Herrn und Heilandes*, M. Grünewald, Maguncia 1919, 1976.

⁵ R. GUARDINI, *Orar con... el rosario de Nuestra Señora*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2008. Versión original: *Der Rosenkranz unserer lieben Frau*, M. Grünewald, Maguncia 1940, 1964.

vimiento alemán de Juventud y lo centró en el castillo de Rothenfels. Sus intervenciones vinculaban la sencillez en el trato con la elevación de los planteamientos, tal como resalta en el libro *Voluntad y Verdad*⁶. En él se transcriben sabias orientaciones sobre el recogimiento y la oración, el silencio y la palabra auténtica, el amor y el ahondamiento en la verdad, el sentido del caminar en grupo y el poder de elevación que tiene el canto en común.

Predicar la fe de forma entusiasmante

Con sumo acierto, procuró Guardini desde el comienzo no solo *difundir el kerigma* –la quintaesencia del mensaje cristiano–, sino *hacerlo de modo entusiasmante*. Cuando hablaba a los jóvenes de Jesucristo, los ponía en camino hacia Él, pues les hacía ver de modo sugestivo, con los textos evangélicos en la mano, que la esencia del cristianismo –tema entonces en boga– es sencillamente Jesucristo resucitado⁷. Por eso puso todos sus recursos de estilo y de pensamiento para ofrecernos –en *El Señor*– una semblanza entrañable del Maestro⁸. Nos cuenta uno de sus secretarios –Erich Görner– que, cuando Guardini comenzaba a dictarle el texto, reflejaba en su rostro una honda conmoción⁹.

La emoción suele acompañar la lectura de cualquier obra de Guardini. Recuerdo que, ya de estudiante, al leer *El espíritu de la liturgia* o *Libertad, Gracia, Destino*¹⁰, tuve la impresión de que sus palabras venían de muy lejos, de lo hondo de su reflexión y contemplación. Y, cuando en la iglesia universitaria de San Luis comenzó a exponernos la primera epístola de san Juan, advertí en sus palabras un punto de emoción singular¹¹.

⁶ Cfr. R. GUARDINI, *Voluntad y Verdad*, Dinor, San Sebastián 1962. Versión original: *Wille und Wahrheit*, Grünewald, Maguncia 1933, 1950.

⁷ Cfr. R. GUARDINI, *Das Wesen des Christentums*, Werkbund, Würzburg 1938, 1960. Versión española: *La esencia del cristianismo*, Cristiandad, Madrid 1977.

⁸ Cfr. R. GUARDINI, *El Señor*, Cristiandad, Madrid 2002. Versión original: *Der Herr. Betrachtungen über das Person und das Leben Jesu*, Werkbund, Würzburg 1937; Grünewald, Maguncia 1997.

⁹ Cfr. H. B. GERL, *Romano Guardini (1885-1968) Leben und Werk*, Grünewald, Maguncia 1995, p. 317.

¹⁰ Cfr. R. GUARDINI, *Libertad, Gracia y Destino*, Dinor, San Sebastián 1954. Versión original: *Freiheit, Gnade, Schicksal. Drei Kapitel zur Deutung des Daseins*, Kösel, Múnich 1948, 1967.

¹¹ Cfr. R. GUARDINI, *Verdad y orden*, 4 vols., Cristiandad, Madrid 1960. Versión original: *Wahrheit und Ordnung*, 4 vols., Werkbund, Würzburg 1959.

El amor a lo profundo

Tal vez debido a su temperamento *melancólico* –entendido como explica él en un escrito memorable¹²–, Guardini sentía especial atracción hacia lo profundo, lo noble y elevado. A sus 18 años, sufrió –por influjo de ciertos pensadores– un leve distanciamiento de la vida religiosa, que más bien se redujo a una vacilación intelectual. Su buen amigo Karl Neundörfer –muy dotado para las cuestiones del espíritu– le sugirió que meditara a fondo la frase evangélica “Quien retenga su vida, la pierde; quien la dé, la gana” (Mt 10, 39). El joven Guardini entrevió, de súbito, una peculiar grandeza en esa máxima; ahondó en la lógica peculiar que la inspira –la propia del nivel 4– y volvió a adentrarse decididamente en el ámbito de la fe cristiana¹³.

Tanto en sus escritos como en sus alocuciones –clases, conferencias, homilías–, la palabra de Guardini venía inspirada por su admiración hacia el lenguaje de los grandes místicos¹⁴. De ahí procede sin duda la especial hondura de ideas y sentimientos que descubrimos en obras que podría alguien considerar como *menores*, por parecer una mera divulgación de prácticas devotas.

Esto habrá pensado, tal vez, algún lector al comenzar la lectura de su *Introducción a la vida de oración*¹⁵. De ahí su aleccionadora sorpresa al verle, muy pronto, exponer el “espacio interno de la oración”, la donación del Señor “por vía de presencia” y otros temas semejantes. Leyendo con atención a Guardini, tenemos la sensación de que su lema al transmitirnos los secretos de la vida espiritual es la expresión paulina “transformaos mediante la renovación de la mente (Rm 12, 1-2)”.

Su orientación fenomenológica lo lleva a no dejar los vocablos decisivos en una especie de penumbra, sino a resaltar su sentido profundo e instarlos a ejercer su potencia clarificadora. Recuerdo la emoción que me produjo una mañana de domingo en la homilía de la misa dominical. Comentaba Guardini la frase de san Juan Evangelista “Dios es amor”. Y,

¹² Cfr. R. GUARDINI, *Vom Sinn der Schwermut*, Grünewald, Maguncia 1996. Versión española: *Acerca del significado de la melancolía*, en “Alcmeon. Revista Argentina de Clínica Neuropsiquiátrica”, año XII, vol. 10, n° 3, 2001.

¹³ Véase la alocución de Guardini en el funeral por su malogrado amigo Karl Neundörfer: “Karl Neundörfer zum Gedächtnis”, en *Wurzeln eines grossen Lebenswerks II*, Grünewald, Maguncia 2001, p. 295.

¹⁴ Es muy expresiva a este respecto la “Introducción” de Guardini al *Diario espiritual* de la mística francesa Lucie Christine, que él mismo tradujo con sumo esmero: *Lucie Christine: Geistliches Tagebuch (1870-1906)*, Grünewald, Maguncia, 4ª ed. sin fecha.

¹⁵ Cfr. R. GUARDINI, *Introducción a la vida de oración*, Palabra, Madrid 2006. Versión original: *Vorschule des Betens*, Benziger, Einsiedeln 1943.

de repente, detiene el discurso y pregunta: “Pero ¿qué entendemos exactamente por *amor*?”. Analizó con esmero varios sentidos de este vocablo, y nos invitó a volver al texto. Al aplicar el sentido preciso que adquiere dicho vocablo en ese contexto, adquirió el elevado pensamiento del evangelista una luz sorprendente.

Esta técnica descriptiva es característica de Guardini. A menudo inserta en el discurso una pertinente observación de la Antropología filosófica, que lo aclara todo. Está hablando con sencillez de la oración y, de pronto, aduce una reflexión sobre el encuentro, o la interioridad cristiana, o la complementariedad de palabra y silencio..., y todo queda elevado y clarificado.

Este enriquecimiento convierte una obra como *La sabiduría de los salmos* en un libro de *contemplación*, plenamente acorde con el título¹⁶.

Fijémonos en la multitud de hondas resonancias que contiene este párrafo de la obra de madurez *La existencia del cristiano*. Guardini había expuesto años antes su idea básica de que “solo quien conoce a Dios conoce al hombre”¹⁷. Luego, en su cátedra de Múnich explica este pensamiento con estas frases cargadas de sentido:

“En la medida en que me aproximo a Dios y participo de él, me acerco a mi propia comprensión. La sede del sentido de mi vida no está en mí, sino por encima de mí. Vivo de lo que está por encima de mí. En la medida en que me encierro en mí o –lo que viene a ser lo mismo– me encierro en el mundo, me desvíó de mi trayectoria. (...) Solo entiendo mi existencia en la medida en que me acepto a mí mismo como procedente de la libertad de Dios”¹⁸.

Adentrándonos en la obra de Guardini, descubrimos un rasgo todavía más importante. Las *Oraciones Teológicas* surgieron al final de las conferencias sobre temas religiosos que dio Guardini en la cripta de la iglesia de San Canisio en el Berlín amedrentado por los bombardeos. Tras la amplia exposición de un tema, solía ofrecer un resumen que ayudara a retener las ideas básicas. Pero, en vez de limitarse a ofrecer un árido catálogo de ideas, contemplaba todo lo expuesto *en suspensión*, interviniendo las ideas, dejándolas que se complementaran y

¹⁶ Cfr. R. GUARDINI, *La sabiduría de los salmos. Meditaciones*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2014. Versión original: *Weisheit der Psalmen. Meditationen*, M. Grünewald, Maguncia 1987.

¹⁷ Cfr. R. GUARDINI, *Religiöse Erfahrung und Glaube*, M. Grünewald, Maguncia 1974. Versión española en la obra *Experiencia religiosa y fe*, BAC, Madrid 2016, pp. 117-135.

¹⁸ Cfr. R. GUARDINI, *La existencia del cristiano*, BAC, Madrid 1997, pp. 180-181. Versión original: *Die Existenz des Christen*, Schöningh, Paderborn 1977.

enriquecieran. Al configurar este “anillo de conceptos”, convertía cada meditación en un auténtico “círculo virtuoso”, con su sorprendente poder de clarificación. Recordemos el final de la oración titulada *La creación del mundo*:

“Creo que todo fue creado por Ti, oh Dios. Enséñame a comprender esta verdad. Es la verdad de mi existencia. Si se olvida, se hunde todo en la sinrazón y la insensatez. Mi corazón está de acuerdo con ella. No quiero vivir por derecho propio, sino emancipado por Ti. Nada tengo por mí mismo; todo es don tuyo y solo será mío si lo recibo de Ti. Constantemente estoy recibéndome de tu mano. Así es y así debe ser. Esta es mi verdad y mi alegría. Constantemente me miran Tus ojos, y yo vivo de Tu mirada, Creador y Salvador mío. Enséñame a comprender, en el silencio de Tu presencia, el misterio de que yo exista. Y de que exista por Ti, ante Ti y para Ti. Amen”¹⁹.

Invito al lector a leer estas meditaciones con lentitud, dejando a cada idea que se entrefere con las otras. Verá el alto voltaje de emoción que muestran estas consideraciones, que no querían ser, en principio, sino meros recordatorios de las conferencias dadas anteriormente.

La atención de Guardini a la lógica de los cuatro niveles positivos

Vista en conjunto la obra de Guardini, intuyo que una de las razones de la excelente acogida que tuvo por parte de un público amplio –dentro y fuera del área cultural germana– es su fidelidad a los diversos niveles de la realidad. Como explico en varias obras, el entorno del ser humano –su “segundo mundo”, en expresión del mismo Guardini– consta de cuatro modos de realidad diversos y, en cierta medida, complementarios²⁰. Cada uno presenta una “lógica” distinta, una forma especial de comportarse las realidades y los acontecimientos que se dan en ellos. Por ejemplo, los objetos del nivel 1 parecen estar pidiendo un sujeto que los posea, domine y maneje conforme a los proyectos que quiera realizar en su vida. Por el contrario, las realidades propias del nivel 2 rehúyen ser poseídas, dominadas y manejadas. Por eso es inexacto indicar que un buen pianista “domina”

¹⁹ R. GUARDINI, “Oraciones teológicas”, en *Obras de Romano Guardini III*, Cristiandad, Madrid 1981, p. 19. La traducción del texto transcrito es mía. Versión original alemana: *Theologische Gebete*, J. Knecht, Frankfurt 1963.

²⁰ En la obra *Descubrir la grandeza de la vida*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2011, pp. 93-133, describo cuatro niveles positivos –a los que aludo en el texto– y cuatro negativos. En *La ética o es transfiguración o no es nada*, BAC, Madrid 2014, amplío considerablemente esa descripción.

las obras que interpreta. Las “configura” de manera magistral, y lo hace con el respeto, la estima y la voluntad de colaboración propios del nivel 2.

Guardini realizó una teoría bastante estructurada de los “contrastes”²¹ pero no de los “niveles de realidad y de conducta”. Sin embargo, los distingue por intuición y se atiene a la lógica propia de cada uno de ellos. Así, cuando habla del acontecimiento del encuentro, piensa y se expresa con categorías propias del nivel 2²², y cuando trata de los grandes valores y de lo “válido” –*das Gültige*– se mueve en el nivel 3, y, por cierto, con laudable soltura y coherencia²³. Esto explica que los temas tratados en sus obras y alocuciones sean muy variados, y su tratamiento de los mismos presente una notable precisión, por adaptarse en todo momento a las exigencias de la lógica de cada uno de los niveles. Llama la atención observar con qué destreza y seguridad se mueve en el análisis de los grandes valores de la unidad, el amor, la justicia y la verdad.

“... Más allá de la confusión que provoca la Sofística, (Platón) ha mostrado que hay algo incondicionalmente válido (*gültig*), que puede ser conocido; y, por tanto, existe la verdad; y todo esto válido se ensambla en la soberanía de lo que llamamos ‘el bien’, y este bien puede realizarse en la vida del hombre, según las posibilidades de cada caso”²⁴.

“La vida del espíritu –y esto caracteriza su modo de ser– no depende solo de los seres, sino también y radicalmente de lo que es fuente de autenticidad: la verdad y el bien. Si se aparta de ambos, entra en peligro. (...) Si abandona la verdad, el espíritu enferma. La persona enferma si abandona la justicia”²⁵.

Esbozo de una teoría de los “círculos virtuosos” y su poder clarificador

Tampoco investigó Guardini de forma sistemática el tema de los “círculos virtuosos”, pero estos le sirvieron sin duda de apoyo para po-

²¹ Cfr. R. GUARDINI, *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente concreto*, BAC, Madrid 1996. Versión original: *Der Gegensatz. Versuch einer Philosophie des Lebendig Konkreten*, M. Grünwald, Maguncia 1925, 1985.

²² Véase, por ejemplo, “Sobre la esencia de la obra de arte”, en *Obras de Romano Guardini I*, Cristiandad, Madrid 1981. Versión original: *Ueber das Wesen des Kunstwerkes*, Reiner Wunderlich, Stuttgart 1948, 1965.

²³ Cfr. R. GUARDINI, *Mundo y Persona*, Encuentro, Madrid 2000. Versión original: *Welt und Person*, 1939, Werkbund, Würzburg 1962.

²⁴ Cfr. R. GUARDINI, *Una ética para nuestro tiempo*, Cristiandad, Madrid 1974, p. 11. Versión original: *Tugenden. Meditationen über Gestalten sittlichen Lebens*, Werkbund, Würzburg 1963.

²⁵ Cfr. R. GUARDINI, *Welt und Person*, o.c., pp. 96-98. Versión española: *Mundo y persona*, o.c., pp. 106-108. La traducción del texto transcrito es mía.

tenciar la inteligencia y ahondar en una serie de realidades complejas y difícilmente asequibles. A propósito del precepto divino de amarnos unos a otros, se pregunta si el amor puede ser objeto de un mandato, y contesta de este modo:

“Se trata ciertamente de que, en efecto, al principio está el don del amor. Y el mandamiento del amor, por el contrario, no surge más que en el seno del don, y el conjunto se puede expresar, de hecho, como sigue: Ten fe en que Dios se ha encontrado ya contigo, y el amor te ha sido ya regalado. Ten fe en que lo que de tu alma está oculto, sin que tú mismo lo sepas, se encuentra ya en movimiento amoroso hacia Dios, habiendo sido ya por él llamado y atraído. Que se te mande amarle significa, por tanto, que hagas tuyo en la fe ese movimiento del que, a tenor de la experiencia de que eres consciente, nada sabes todavía. Tu deber es asumir ese riesgo, y luego, cuando llegue el momento adecuado, tomarás directamente conciencia de eso que, en forma de un vago presentimiento, era ya tuyo en tu interior...”.

“Naturalmente, para poder tener fe en lo antedicho tiene que haber ya algo de amor. Y así es como se cierra el círculo. Pero los ámbitos decisivos de la vida se dan en círculos; sin puertas. No podemos entrar en ellos a base de esfuerzo. Lo único que podemos hacer es, dentro de ellos, abrir los ojos”²⁶.

La recuperación del estado de paraíso

Guardini fue siempre muy sensible a la grandeza de la ciencia y la técnica, el arte, la literatura de alta calidad –Dante, Dostoiewski, Hölderlin, Mörike, Rilke...– y estimó hondamente el pensamiento profundo que modeló la vida europea –Platón, san Agustín, Pascal...–, pero, al mismo tiempo, subrayó con énfasis que “quien conoce a Dios conoce al hombre”, “el hombre supera infinitamente al hombre” (Pascal) y “lo más profundo que hay en mí no procede de mí” (G. Marcel). Esa diversidad de perspectivas nunca amenguó su sentido de la trascendencia, que inspira de parte a parte el siguiente párrafo.

²⁶ Cfr. R. GUARDINI, *Fe, amor y santidad*, BAC, Madrid 2017, XVIII. Esta cita de Guardini procede de su obra *Wurzeln eines grossen Lebenswerks* III, Grünewald/Schöning, Würzburg/Paderborn 2002, p. 55. Sobre el tema de los círculos virtuosos se encuentra un texto muy revelador en la obra *Anfang. Eine Auslegung der ersten fünf Kapitel von Augustins Bekenntnissen* Kösel, Múnich 1953, pp. 22-28.

“Mi existencia es un misterio. Así tiene que expresarse todo el que quiera penetrar en lo esencial. (...) En la medida en que me acerco a Dios y participo de él, me acerco a mi propia comprensión”²⁷.

Frente a la pretensión desmedida de autonomía que desequilibró a la Edad Moderna, hoy hemos de tener la madurez espiritual suficiente para aceptar los *dones primarios*: una existencia finita y precaria, una libertad creativa pero vinculada, *ob-ligada* a un Ser todopoderoso que nos llamó a la existencia por amor, a fin de llegar a sernos íntimo. El hecho de ser fruto de una llamada nos insta a responder con espíritu de agradecimiento y aceptación libre²⁸. De esta forma, nuestra elemental *libertad de maniobra* –poder de elegir a nuestro gusto– se transforma en *libertad creativa*, libertad para hacer el bien. Nos insertamos, así, en la vida de nuestra plenificación:

Reconozco mi finitud y la acepto. Mis potencias tienen límites y siento mis múltiples limitaciones.

Me veo rodeado de seres abiertos, donantes de posibilidades que me invitan a crecer uniéndome profundamente a ellos –integrando mis posibilidades creativas con las suyas– y realizar acontecimientos de encuentro. Al hacerlo, descubro que la unidad se halla dentro del enigma del universo. Al entregarme a la creación de unidad en el encuentro, recibo sus frutos, y estos me descubren la excelencia del ideal de la unidad: la voluntad de crear formas elevadas de unidad no solo con los allegados, sino con toda persona que se me avecine.

Esta opción por el ideal de la unidad transforma toda mi vida y la convierte en un don del amor, que, a su vez, está llamado a ser una fuente inagotable de amor.

Si veo todo lo anterior de forma simultánea y en relación, me persuado de que aceptar los dones primarios –haber sido llamado a la existencia por amor y ser destinado a crear vínculos de amor en una comunidad de creyentes que vibran con el mismo ideal de la unidad– es recuperar la unidad perdida y sentirse acogido en un *estado de paraíso*.

De esta forma, la aceptación de los dones primarios nos permite integrar las dos corrientes que se disputaban la primacía en tiempos de

²⁷ Cfr. R. GUARDINI, *La existencia del cristiano*, BAC, Madrid 1997, p. 180. Versión original: *Die Existenz des Christen*, Schöning, Paderborn 1977, pp. 180-181.

²⁸ Cfr. R. GUARDINI, *La aceptación de sí mismo*, Cristiandad, Madrid 1983. Versión original: *Die Afnahme seiner Selbst*, Werkbund, Würzburg 1953. Fue editada, en 1990 –conjuntamente con *Den Menschen erkennt nur wer von Gott weiss*– por la editorial Grünewald, Maguncia.

Guardini: la que intentaba explicar al hombre de abajo arriba (*von unten her*) o de arriba abajo (*von oben her*). Tal integración nos permite convertir la idea dramática del hombre como *un ser en tensión* en una concepción equilibrada y serena de un ser que supera las limitaciones mediante la libre aceptación de una *libertad vinculada* a *Quien* nos creó por amor y fundó, así, el espacio del encuentro auténtico y la amistad más entrañable y duradera.

Ahora comprendemos por dentro, genéticamente y en su albor, la gran tesis de Guardini, según la cual “solo quien conoce a Dios conoce al hombre”. Estaba él tan persuadido de esta verdad que, cuando sintió que se acercaba su hora, recitó durante un buen rato la invocación de su admirado san Agustín: “Nos hiciste, Señor, para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que repose en Ti”²⁹. Muy bien podríamos, pues, afirmar que el *estado de paraíso* consiste en conseguir un *corazón inquieto*, pero no tenso, sino en tensión esperanzada y gozosa hacia *Quien* es su origen y su meta; es decir, *todo*.

Esta profunda idea, ya esbozada en su día por Ferdinand Ebner –sencillo maestro de escuela primaria y genial precursor de la Antropología dialógica actual³⁰–, ejerció gran influjo en el pensamiento de dos cardenales –Karol Wojtyła y Joseph Ratzinger– que, a su vez, la hicieron valer en el Concilio Vaticano II, y, posteriormente, en sus valiosos escritos como sumos pontífices.

²⁹ Cfr. SAN AGUSTÍN, *Confesiones* I, 1, 1.

³⁰ Cfr. F. EBNER, *Das Wort ist der Weg*, “La palabra es el camino”, Herder, Viena 1949, pp. 99, 114, 145, 219.